



C A R A C A S
APARTADO 628

Revista Venezolana de Orientación

AÑO 20 - N.º 191
ENERO, 1957

Al cerrar el año de 1956 renovamos —como en 1954 y 1955— un título y unas meditaciones de carácter nacional, que nos inspira el hervoroso e inquietante espectáculo de la que —con símbolo harto justificado— hemos llamado Venezuela adolescente.

Seguimos preguntándonos como hace un año: “¿En dónde va a desembocar esta Venezuela adolescente, colocada en el cruce del materialismo marxista, el positivismo yanqui y el espiritualismo cristiano? Nuestra prosperidad milagrosa viene a crear gravísimas responsabilidades en los conductores del pueblo: intelectuales, educadores, sacerdotes y gobernantes”.

Transformación violenta y peligrosa.

En el orden material nadie puede desconocer la transformación violentísima de Venezuela; transformación que impresiona doblemente de regreso de un viaje por Europa, donde la recuperación de las gravísimas quiebras de la guerra mundial se opera también brillantemente, pero con un ritmo más reposado y con manifiesto esfuerzo de austera sobriedad.

No olvidemos que nuestra prosperidad tiene por base la riqueza minera, con características de inesperada lotería, en contraste con la prosperidad de otros países como la Alemania de la preguerra y la actual de los EE. UU. fruto de un prolongado esfuerzo de decenios y aun de siglos. Esta característica de nuestra prosperidad la hace especialmente inquietante; y esa inquietud delatan las expresiones recientes del Santo Padre, colocado en la atalaya del Vaticano y reconocido como observador agudísimo de los matices del panorama mundial.

Pero no tenemos porqué mirar con recelo nuestra prosperidad que es don de Dios, y tiene, sin duda, venturosos destinos, si sabemos utilizarla. Por de pronto van cosechándose su primeros halagadores frutos. No se trata solamente de la victoria contra las dificultades de un medio físico agreste, tropicalmente exuberante, y frecuentemente agresivo: se han logrado también victorias considerables en el orden sanitario y cultural.

Tal vez no se ha insistido suficientemente en el valor de la novísima estadística sobre la natalidad, la mortalidad y el crecimiento vegetativo de Venezuela. En 1955: 270.000 nacimientos para 60.000 defunciones. Es decir, un crecimiento vegetativo de 210.000 habitantes; el más impresionante del mundo. Pronto conoceremos los datos definitivos de 1956. Sabemos que en el primer

**DIVAGACIONES
DECEMBRINAS.**

**La Juventud.
La Prosperidad
y el
Enervamiento.**

trimestre se registraron 69.340 nacimientos para 14.864 defunciones, que implica un nuevo avance respecto del año anterior. Dado el ascenso rítmico del caudal demográfico autóctono, al que se suma en forma arrolladora la desmesurada inmigración extranjera, podemos esperar que en los próximos cinco años ha de superarse con creces el aumento de 1.143.709 habitantes, que se registró en el pasado quinquenio.

Conforta el ánimo comprobar hecho tan significativo, porque es la demostración categórica de la contundente victoria de nuestro Instituto Malariaológico contra el paludismo; del éxito de la campaña de nutrición y la antituberculosa y la eficacia de la preocupación oficial por la salud infantil.

No tenemos porqué mencionar el avance de las grandes obras públicas: entraron en función la Carretera Panamericana, la Represa del Guárico, la Barra de Maracaibo, el Acueducto Tuy-Caracas, el Teleférico del Avila, millones de viviendas obreras y las grandes avenidas de Caracas y varias capitales del Interior; las principales arterias viales de la República van quedando asfaltadas; progresan las obras de la Petroquímica, en Morón; la Siderúrgica, en Puerto Ordaz; el Dique seco de Pto. Cabello; la Electrificación del Caroní...; y se anuncian empresas tan grandiosas como el Teleférico del Pico Bolívar, el Túnel Caracas-Litoral, las Represas del Boconó y el Masparro y el Puente sobre o por debajo del Lago Maracaibo.

Mientras tanto aumenta la explotación petrolera que tal vez alcance al final del año los 3.000.000 de barriles diarios; la explotación del hierro supera los records anunciados; se inicia la explotación del manganeso y se hacen las primeras experiencias de nuestra bauxita, con destino a una gran industria del aluminio.

También en el orden cultural se registran hechos significativos; la habilitación gradual de numerosos edificios escolares de magnífica arquitectura funcional; el aumento de las inscripciones desde la Universidad hasta los grados preparatorios; el auge de nuevos Colegios católicos; la apertura de escuelas técnicas profesionales; ateneos, academias, conservatorios. Cabe, sin embargo, examinar en este aspecto si el ritmo de la cultura sigue la línea paralela a nuestro avance material y al aumento impresionante de la población escolar.

Hasta el turismo, tradicionalmente olvidado en Venezuela, cobra vitalidad con la construcción de una red nacional de excelentes y modernos Hoteles.

Y no basta atribuir este múltiple progreso al aporte caudaloso de poderosas compañías extranjeras y a la obra ambiciosa del estado rico. Se advierte felizmente una agresiva movilización del capital privado, hace unos decenios tan timorato y estancado: en los ganaderos del Zulia, Carora, Maturín, Monay, Valle de la Pascua y de toda la nación; en la explotación arrocera; en los Centrales azucareros; en la industria del cemento, de papel de bagazo de caña y aun la pañidera industria textil. Solamente la visión de cuanto las industrias del hierro, bauxita, manganeso y aluminio, alimentadas por la electrificación del Caroní, pueden transformar la zona San Félix-Puerto Ordaz, en la confluencia del Caroní y el Orinoco, produce una impresión alucinadora del porvenir de Venezuela.

Sirvan estos trazos para justificar esta afirmación: Venezuela se transforma en carrera vertiginosa, que entraña evidentes ventajas y peligros manifiestos, que debemos estudiar, colocados por un momento —no en plan de actores del vertiginoso correr— sino de espectadores avisados y reflexivos.

¿Qué pensar de la Venezuela que surge?

Respondemos en primer término que será lo que sus conductores quieran que sea. Por eso insistimos en que la responsabilidad del momento es enorme.

En segundo lugar que será un producto de los que sembramos en la juventud de nuestros días.

Nos llenan de angustia estas sencillas preguntas. ¿Cuál es la mentalidad de nuestros profesores y alumnos de la Universidad, del Instituto Pedagógico,

de los Liceos? ¿Qué filosofía de la vida predomina en nuestras Normales? ¿En qué sueña nuestra juventud? En la batalla de las ideas se ventila más caudal de porvenir venezolano, que en las espléndidas realizaciones de orden material, de que nos enorgullecemos legítimamente.

Crisis de virilidad.

La juventud de hoy conocerá una Venezuela nueva. Mejor dicho: constituirá una Venezuela nueva. ¿Cómo se prepara para tan grandioso destino?

Comencemos por aportar una nota positiva: es evidente que en la Universidad y en los Liceos, en el taller y en las oficinas pueden señalarse sectores valiosos, que "muestran en esperanza el fruto cierto". Particularmente entre los jóvenes, que batallaron contra la pobreza para alcanzar un nivel cultural relativo; y en vigorosas élites formadas —muy frecuentemente— en Colegios católicos.

Pero fuera de este sector, que no puede olvidarse, pero que reconocemos hartamente limitado, y de la masa amorfa que nunca ha de pesar en la balanza de los valores positivos, queremos fijar la atención en otros dos sectores considerables, cuyo espectáculo moral llena el ánimo de justificada inquietud.

En primer término la juventud burguesa. En los grandes Colegios, dirigidos por los mejores educadores religiosos, advierten éstos con angustia un vasto sector de juventud rica, en la que produce estragos la comodidad de la vida, la ausencia de todo esfuerzo, la mollicie, el afán de las diversiones enervantes. No llega a ilusionarlos ni el estímulo del deporte viril. Viven en un carnaval ininterrumpido, fascinados diariamente por la perspectiva de la inminente "fiesta". Las mansiones de los nuevos ricos en las urbanizaciones caraqueñas alcanzan con frecuencia un fausto oriental; y pudieran señalarse casos de despilfarro exhibicionista, dignos de la decadencia romana. ¿Qué puede esperarse de una juventud, que es incapaz en el orden físico de caminar a pie cinco kilómetros, de escalar una montaña o de jugar un partido de fútbol; y en el orden moral, de sacrificar por el prójimo una mínima comodidad personal?

Frente a la juventud burguesa, la juventud marxista. Porque sería insensato y suicida desconocer que en nuestras Universidades, en nuestros Liceos y Normales y hasta en nuestras Escuelas Técnicas Profesionales (no está lejos la experiencia de hace un año) se forja una juventud marxista, que con frecuencia milita fervorosamente en partidos extremistas de la clandestinidad. Una juventud, que lleva la ventaja de levantarse en la austeridad de la pobreza y en el ejercicio de la audacia, la sobriedad y el sacrificio. También ellos se sienten alucinados con el resplandor de "la ciudad alegre y confiada", que es Caracas y en su grado toda la República. Pero tiene que contentarse con las migajas del festín, acumulando en el alma un poso de rencor y de envidia mal reprimida. Los desheredados, los que padecen las consecuencias de una paternidad irresponsable, los que hicieron laboriosamente una carrera mientras trabajaban para alimentar a su madre y a sus hermanos, las niñas humilladas en su honor por superiores degenerados, los que por desgracia no podían aspirar a los Colegios católicos, sino en los casos privilegiados de becas desconocidas, los que bebieron el veneno de profesores sectarios que hicieron irrisión más o menos descarada de la fe de sus mayores... que forman legión en nuestras escuelas oficiales de primera y segunda enseñanza... aportan a la Universidad intelectuales marxistoides, cuyo peligro sólo se amengua, cuando —a su vez ya graduados— comienzan a participar en el festín de las clases elevadas. Muchos no llegarán a esa cumbre. Caen derrotados en la cuneta. Un día —inconformes e insatisfechos— serán fermento peligrosísimo en la vida de las oficinas, en los puestos burocráticos y en el liderato obrero.

Si comparamos la capacidad de acción de nuestra juventud burguesa con la juventud marxista, habremos de conceder la primacía a la segunda.

Un poco de esta gravísima reflexión tiene trascendencias internacionales. Un viaje por los países escandinavos (nos confesaba recientemente un escritor) donde se confunde el más alto nivel de vida con un record de divorcios y suicidios, hace meditar si los países burgueses podrán ofrecer una barrera a la ava-

lancha comunista de la próxima guerra mundial. El propio coloso de la América del Norte puede sufrir del enervamiento que produce lógicamente el confort y la prosperidad. ¿Por qué sucumbió Francia ante la irrupción hitleriana? El mismo viajero nos trasmitía su impresión de que el aislamiento internacional a que se condenó a España, después de la guerra civil, aunque acarreó días angustiosos para la Madre Patria, sirvió para robustecer el vigor nativo de aquel pueblo, cuyo material humano resultaría tal vez, en una conflagración, el más vigoroso enemigo del comunismo.

Compartimos con los educadores católicos la inquietud por la juventud, que se levanta en medio de la prosperidad, repentina y fácil, de Venezuela. Aparte de la formación ideológica, de la que hemos razonado largamente en otro artículo, habría que pensar en salvar simplemente su virilidad. Cobran especial interés en este afán métodos como el scoutismo, el deporte vigoroso, el apostolado de la catequesis y de la caridad en los barrios bajos, y los esfuerzos para la creación de un espíritu de responsabilidad social.

Y junto a esta labor con las clases burguesas, debe acentuarse la preocupación por los alumnos del mundo proletario. Cuando recientemente fuimos informados de que en España los educadores jesuitas tildados frecuentemente de limitarse a la élite económica y social, regentaban diez y ocho de las veinticinco escuelas técnicas profesionales, oficialmente reconocidas por el gobierno español; y que el número de sus alumnos obreros superaba al de sus discípulos de segunda enseñanza, sentimos un enorme alivio espiritual. Comprendimos que ha llegado la hora de valorar con justicia la trascendencia de las élites obreras.

Redactamos estas líneas al abrirse, lleno de esperanzas, el año 1957; y las queremos cerrar con breves frases que entresacamos del discurso presidencial del 31 de Diciembre.

“La Providencia brinda sus beneficios únicamente a quienes se hacen merecedores de ellos... Favorecidos como hemos sido por la Naturaleza con valiosos recursos cuyo aprovechamiento racional nos está sirviendo para obtener mejores condiciones de vida presentes y futuras, hagámonos dignos de los dones que se nos han prodigado; estimemos cabalmente lo que significan las ventajas de que podemos disfrutar, y no incurramos, por lo tanto, en el error de los que sólo aprecian el bien cuando lo han perdido... Invoquemos la protección de Dios Todopoderoso para que nos siga asistiendo en nuestro empeño, y pidámosle, por igual nativos y extranjeros, que podamos construir una Patria de la cual nuestros hijos se sientan orgullosos”.

Es justicia recoger estas expresiones, profundas y oportunas, en estas columnas donde se estampán tantas verdades pesadas. Suenan para el católico a un eco benévolo de las reflexiones del Santo Padre con ocasión de la visita de nuestro Canciller Arismendi al Vaticano y la Alocución radiada al II Congreso Eucarístico Bolivariano.

M. A. E.